
LIBRO SEGUNDO.

En nuestra infancia, hermano Quinto, recordarás que era opinion muy acreditada la de que Lúcio Craso no tuvo más instruccion que la que suele adquirirse en los primeros años; pero que Marco Antonio carecia absolutamente de ella, y era ignorante. Muchos habia que sin creer esta opinion, tenian placer en divulgarla, para desalentar así más fácilmente á los que veian inflamados en el amor de la elocuencia. Porque si aquellos hombres, no siendo eruditos, habian alcanzado tan increíble elocuencia, vano é inútil sería nuestro trabajo, y el afan de nuestro padre, óptimo y prudentísimo varon, en instruirnos. Refutáhamos este parecer, como niños que éramos, citando como testigos domésticos á nuestro padre y á nuestro pariente Cayo Aculeo, y á nuestro tio Lucio Ciceron; porque del ingenio y doctrina de Craso nos habian hablado mucho nuestro padre, y Acúleo (casado con nuestra tia materna), á quien Craso tuvo más cariño que á nadie, y nuestro tio, que fué con Antonio á Sicilia. Y habiéndonos educado con nuestros primos los hijos de Aculeo, y aprendido lo que era del

agrado de Crasó, y con los maestros que él elegia, vimos muchas veces (porque esto es cosa que hasta los niños pueden ver) que sabia el griego como si nunca hubiese hablado otra lengua, y conocimos por las cuestiones que él proponia á nuestros doctores, y por lo que trataba en conversacion, que nada era nuevo ni inaudito para él.

De Antonio, aunque habia oido contar muchas veces á nuestro buen tio cuánto se habia dedicado en Atenas y Rodas al trato con los hombres más doctos, sin embargo, quanto lo consentia la timidez propia de un jóven, hice al mismo Antonio muchas preguntas. Y no será nuevo para tí lo que escribo, pues más de una vez te lo he dicho: que en tantas y tan variadas conversaciones como tuve con él, nunca me pareció rudo ni ignorante en cosa alguna que yo pudiera juzgar. Pero hubo en ambos esta particularidad: que Craso queria que se le tuviese por hombre docto, pero que despreciaba la ciencia de los Griegos anteponiéndoles en todo la sabiduria de los nuestros; miéntras que Antonio creia hacer más agradables sus discursos al pueblo fingiendo que lo ignoraba todo. Así, era punto de honra, en el uno, despreciar á los Griegos; en el otro, no conocerlos absolutamente. Por qué hacian esto, no me toca ahora averiguarlo: basta dejar sentado que nadie se aventajó en la elocuencia sin el estudio de los preceptos y sin una grande y variada sabiduria.

Porque las demas artes tienen sus propios límites; pero el bien decir, el hablar con sabiduria, elegancia y ornato, no tiene region bien definida cuyos términos le circunscriban. Todo lo que puede ser materia de controversia entre los hombres, debe decirlo bien el orador, si es que merece este nombre; por lo cual, si en nuestra Roma y en la misma Grecia, que tanto estimó siempre este arte, hubo muchos, que no sabiendo tanto, sobresalieron por su ingenio y facundia, no puedo conceder, sin embargo, que exista tanta elocuencia cuanta hubo en Craso y Antonio, sin el

conocimiento de todas las cosas que pueden ser materia del arte. Por eso he accedido gustoso á escribir el diálogo que ambos tuvieron sobre este asunto; ya para desterrar la opinion de que el uno no fué doctísimo, y el otro fué del todo ignorante; ya para compendiar y conservar por escrito lo que dos tan grandes oradores divinamente hablaron acerca de la elocuencia; ya para salvar del olvido y del silencio, en cuanto yo pueda, su fama, que ya va decayendo y borrándose. Si pudiéramos conocerlos por sus escritos, ménos necesario fuera este trabajo; pero el uno nos dejó muy pocas cosas, y éstas escritas en su juventud, y el otro nada escribió. Justo es, pues, que los que conservamos viva la memoria de tales hombres, procuremos hacerla inmortal en lo posible. Y emprendo este trabajo con tanta mayor esperanza, cuanto que no escribo de la elocuencia de Servio Galba ó de Cayo Carbon, donde podria yo fingir lo que quisiera, sin que la memoria de ninguno pudiera desmentirme, sino que escribo para los que más de una vez oyeron á los oradores de quienes hablo. De esta suerte, la memoria de los que conocieron á aquellos dos oradores vivos y presentes, servirá para transmitir sus alabanzas á los que no pudieron oir á ninguno de ellos.

Ni me propongo, hermano carísimo y excelente, importunarte con esos libros retóricos que tienes por bárbaros. ¿Pues qué cosa hay más sesuda ni más elegante que tu dición? Pero ya sea por prudencia, como sueles decir; ya por aquel pudor y timidez ingenua que detenía al mismo Isócrates, padre de la elocuencia; ya porque (como dices con chiste) juzgabas suficiente que hubiese un orador en una familia y áun en toda una ciudad, te has abstenido siempre de hablar en público. Pienso, sin embargo, que no colocarás este libro entre los que, por la aridez de su estilo, merecen ágría censura. En estos coloquios de Craso y Antonio creo que nada falta de lo que puede conocerse

y alcanzarse con sumo ingenio, infatigable estudio, copiosa doctrina y práctica grande: lo cual podrás juzgar muy fácilmente tú, que has querido aprender el arte por tí mismo, dejándome á mí la práctica. Mas para dar cima al empeño, no leve, que sobre mí he tomado, dejemos todo preámbulo, y volvamos al coloquio y disputa de nuestros interlocutores.

Al dia siguiente de la conversacion ya referida, cerca de la hora segunda, estando todavía Craso en la cama, y cerca de él sentado Sulpicio, y Antonio y Cota paseándose por el pórtico, se les presentó de repente Quinto Cátulo el viejo, con su hermano Cayo Julio.

Así que lo supo Craso, se levantó á toda prisa, no alcanzando á comprender la causa de visita tan inesperada; y despues de haberse saludado muy amistosamente como era costumbre entre ellos, les preguntó Craso: «¿Qué novedad os trae tan de mañana?

—Ninguna, dijo Cátulo, pues ya ves que es tiempo de juegos públicos; pero aunque nos tengas por impertinentes y molestos, te diré que, habiendo venido ayer tarde César de su granja Tusculana á la mia, se habia encontrado con Escévola, el cual le habia referido maravillas: que tú, de quien yo nunca habia conseguido con ruegos ni exhortaciones que hablastes de estas cosas, habias disputado largamente de la elocuencia con Antonio, al modo de la escuela griega: entónces mi hermano me rogó encarecidamente que te trajera, á lo cual yo asentí por el deseo que tenía de oírte, si bien temia seros molesto. Escévola me habia asegurado que buena parte de la conversacion habia quedado para este dia. Si crees que hemos obrado con ligereza, atribúyeselo á César; si con amistad, á cualquiera de nosotros. Por lo demas, si no os somos molestos, nos alegraremos mucho de haber venido.»

Entónces dijo Craso: «Sea cualquiera la causa que aquí os haya traído, siempre me place ver en mi casa á tan bue-

nos amigos míos; pero quisiera que el motivo hubiera sido otro del que decís. Pues yo (y os lo digo como lo siento) nunca he quedado más descontento de mí mismo que ayer; aunque esto me sucedió más por mi condescendencia que por otra culpa mía, pues queriendo dar gusto á estos jóvenes, me he olvidado de que yo era un viejo, y he hecho lo que nunca hice ni aún de joven: disputar sobre todo lo que abraza el arte de la palabra: Bien me ha venido que hayais llegado cuando está acabada mi parte y empieza la de Antonio.»

Respondióle César: «En verdad, Craso, tanto gusto tengo de oírte, que si no logro una controversia larga y seguida, á lo ménos he de disfrutar de tu cotidiana conversacion. Así veré si mi amigo Sulpicio ó Cota tienen más valimiento contigo; y te suplicaré que hagas algo en obsequio mio y de Cátulo; pero si no quisieres complacerme, no insistiré más, para que no me tengas por inepto, cosa que aborreces tanto.»

Respondió Craso: «En verdad que de todas las palabras latinas apenas hallo ninguna que tenga tanta fuerza como ésta. Paréceme que el que no tiene aptitud para una cosa, debe ser calificado de inepto, y así lo prueba el uso comun de nuestro lenguaje. El que dice las cosas fuera de tiempo, ó habla mucho, ó es vanaglorioso, ó no atiende á la dignidad y al interes de los que lo oyen, ó es incoherente y descompuesto, debe ser calificado de inepto. De este vicio adolece la eruditísima nacion de los Griegos, y como no les parece vicio, tampoco tienen nombre para él; pues si preguntas qué es lo que entienden los Griegos por inepto, no hallarás esta palabra en su lengua. De todas las ineptias, que son innumerables, no sé si hay otra mayor que la de los que suelen disputar con mucho aparato, en cualquier parte y ante cualquier auditorio, de cosas muy difíciles ó no necesarias. Esto tuve yo que hacer con harta repugnancia mia, movido por los ruegos de estos jóvenes.»

Entónces dijo Cátulo: «Ni los mismos Griegos que en sus ciudades fueron tan ilustres y esclarecidos como tú en la tuya y nosotros todos queremos serlo, fueron parecidos á esos Griegos que tanto molestan nuestros oídos; y, sin embargo, en los ratos de ocio no desdeñaban estas conversaciones y disputas. Y si te parecen ineptos los que no tienen consideración con el lugar, el tiempo y los hombres, por ventura ¿no te parece acomodado lugar este pórtico donde estamos, esta palestra y estos asientos? ¿no te traen á la memoria los gimnasios y las controversias de los Griegos? ¿Te parece inoportuno este tiempo de ocio tan deseado y tan rara vez concedido? ¿ó tendrás por hombres ajenos de estos estudios á todos los que aquí estamos, y que sin estos coloquios no podemos pasar la vida?

—Todo esto, dijo Craso, lo interpreto yo de otro modo, pues entiendo, Cátulo, que los mismos Griegos inventaron la palestra, los asientos y el pórtico para ejercicio y deleite, no para disputa; y hubo gimnasios muchos siglos ántes que los filósofos empezasen á graznar en ellos; y hoy mismo, que se han apoderado de todos los gimnasios, prefieren los circunstantes jugar al disco más bien que oír al filósofo, al cual abandonan en la mitad de su discurso por más que trate de materias de importancia, y se van á ungir á la palestra. Así prefieren á la utilidad más grave la diversion más frívola, segun ellos mismos confiesan. Dices que gozamos de descanso: pero el fruto del descanso ha de ser no la fatiga, sino el sosiego del ánimo.

»Muchas veces oí contar á mi suegro que cuando Lelio salía con Escipion al campo, se volvian niños los dos de una manera increíble, escapando de la ciudad como quien escapa de una prisión. Ápénas me atrevo á contarlos de varones tan grandes; pero muchas veces oí referir á Escóvola que solian ambos coger conchas en Gaeta y Laurento, y entretenerse en los más pueriles juegos y diversiones. Pues así como los pájaros construyen y edifican sus nidos

por causa de procreacion y utilidad, y luego que han terminado la obra vuelan libres y sin direccion como para recrearse, así nosotros, cansados de los negocios forenses y urbanos, deseamos volar libres de todo cuidado y trabajo. Por eso yo en la causa de Curio dije á Escévola como lo sentia: «Si ningun testamento está bien hecho sino los que tú escribes, iremos todos los ciudadanos á tu casa con las tablillas para que extiendas los testamentos de todos; pero entónces, ¿cómo desempeñarás los negocios públicos, cómo los de tus amigos, cómo los tuyos propios?» Y añadió: «porque para mí no es libre sino el que alguna vez no hace nada.» En esta opinion persisto, Cátulo, y ya que he venido aquí, nada me deleita tanto como no hacer nada y descansar del todo. Y lo que en tercer lugar añadiste, que la vida era para vosotros desagradable sin estos estudios, más bien que convidarme á la disputa, me detiene. Solia decir Cayo Lucilio, hombre docto y muy gracioso, que no queria que leyesen sus escritos ni los muy ignorantes ni los muy doctos, porque los unos no entendian nada, y los otros querian entender más de lo que él habia escrito. «No quiero, decia, que me lea Persio, varon el más docto de todos los nuestros; quiero que me lea Lelio Décimo, hombre de bien y no iliterato, pero en nada comparable con Persio.» De igual suerte yo, si tuviera que hablar de estos estudios nuestros, no quisiera que me oyesen los rústicos, pero mucho ménos los otros; prefiero que no se entienda mi oracion á que se reprenda.»

Entónces dijo César: «En verdad, Cátulo, que no hemos perdido el tiempo en venir aquí, pues esta misma recusacion de la disputa, es ya una disputa para mí muy agradable. Pero ¿por qué detenemos á Antonio, que se ha encargado de discurrir acerca de toda la elocuencia y á quien Cota y Sulpicio esperan ávidos hace mucho tiempo?

—Pero yo, dijo Craso, no permitiré á Antonio decir una



palabra, y me callaré yo mismo, si ántes no logro de vosotros una cosa.

—¿Cuál? dijo Cátulo.

—Que hoy os quedeis aquí.»

Y dudando Cátulo si aceptar (porque habia prometido á su hermano pasar el dia con él), dijo Julio: «Yo respondo por los dos; y aunque me impusieras la condicion de no hablar tú una palabra, me quedaria.»

Entónces se sonrió Cátulo, y dijo: «Ya no queda duda, porque en casa no he mandado que me esperasen, y César, que me tenía convidado, ha prometido quedarse, sin consultarme nada.»

Entónces fijaron todos la vista en Antonio, y éste dijo: «Escuchad, escuchad: oireis á un hombre no salido de la escuela y de los maestros, ni erudito en letras griegas, y hablaré con tanta más confianza, cuanto que nos oye Cátulo, á quien no sólo concedemos nosotros la palma en la pureza y elegancia de la lengua latina, sino tambien los Griegos en la suya. Pero como esto de la oratoria, sea artificio ó estudio, requiere siempre algo de audacia, os enseñaré, oh discípulos, lo que yo no aprendí nunca, lo que pienso sobre los distintos géneros oratorios.» Riéronse todos, y continuó Antonio: «La facultad oratoria me parece gran cosa, pero el arte mediano; porque el arte ha de versar sobre materias que se saben á ciencia cierta, al paso que el orador se ejercita en cosas opinables y que no se pueden reducir á ciencia: pues hablamos delante de los que nada saben, ó decimos los que nosotros mismos ignoramos; y por eso los distintos oradores sentimos y juzgamos muy diferentemente en unas mismas causas, y no sólo hablo yo contra Craso, y Craso contra mí, por donde es forzoso que uno de los dos no tenga razon, sino que muchas veces defiende un mismo orador, en causas semejantes, opiniones contrarias, siendo así que una sola puede ser la verdadera. Os hablaré, pues, si quereis oirme, de una cosa que está fun-

dada en la mentira, que nunca llega á ser ciencia y que se alimenta con las opiniones y errores de los hombres.

—Sí que te oiremos con placer, dijo Cátulo, y tanto más, cuanto que te presentas sin ostentacion alguna, puesto que has principiado no vanagloriosamente, sino atendiendo á la verdad mucho más que á esa supuesta dignidad y alteza de la materia.

—Así como hablando en general, dijo Antonio, afirmé que el arte no era gran cosa, así afirmo ahora que pueden darse algunos preceptos muy útiles para dominar los ánimos de los hombres y regir sus voluntades. Si alguno quiere llamar arte á estos preceptos, por mí no lo repugno, porque si muchos defienden causas en el foro sin sujetarse á ninguna razon ni principio, hay otros que, ya sea por el continuo ejercicio, ya por cierta disposicion natural, lo hacen con más destreza. Observando, pues, en cada género la razon por qué unos hablan mejor que otros, podrá llegar á constituirse una especie de arte, ya que no un arte perfecto; y ojalá que pudiera yo explicárosle tan claramente como le veo en el foro y en las causas. Pero yo veré lo que puedo alcanzar; ahora sólo diré, porque estoy persuadido de ello, que aunque la oratoria no sea un arte, nada hay más excelente que un buen orador. Y dejando aparte el poder que la palabra ejerce en toda ciudad tranquila y libre, tanto deleite causa ella por sí misma, que nada más agradable pueden oír ni entender los hombres. ¿Qué canto más dulce puede hallarse que una oracion armoniosamente pronunciada? ¿Qué versos más rotundos que un período concluido con artificio? ¿Qué actor tan agradable en la ficcion, como el orador en la realidad? ¿Qué hay más ingenioso que las sentencias agudas y frecuentes? ¿Qué más admirable que el esplendor de cosas y palabras? ¿Qué más perfecto que un discurso lleno de riquezas? Pues no hay materia ajena del orador, siempre que éste sepa tratarla con gravedad y ornato. A él pertenece el dar prudente consejo en los ne-

gocios dudosos; á él levantar al pueblo de su apatía ó refrenar sus ímpetus. La elocuencia sirve á la vez para castigar el fraude y para salvar al inocente. ¿Quién puede exhortar con más vehemencia á la virtud; quién apartar con más fuerza de los vicios; quién vituperar á los malvados con más aspereza; quién alabar tan magníficamente á los buenos; quién reprender y acusar los desórdenes; quién consolar mejor las tristezas? La historia misma, testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, mensajera de la antigüedad, ¿con qué voz habla á la inmortalidad sino con la voz del orador? Pues si hay alguna otra arte que enseñe la ciencia de usar y elegir las palabras, ó si de alguno más que del orador se dice que pueda formar el discurso y variarle y adornarle con el esplendor de palabras y sentencias, ó si hay otro arte fuera de este para hallar los argumentos y las ideas ó la descripción y el orden, tendremos que confesar, ó que la materia que este profesa es ajena de él, ó que le es comun con otras artes. Pero si de ella sola han de tomarse la razón y los preceptos, por más que hablen bien los que profesan otras artes, habremos de confesar que el bien decir es propio de esta; pues así como el orador, segun decia ayer Craso, puede hablar con acierto de todas materias, aunque superficialmente las conozca, así los cultivadores de otras artes pueden hablar con elegancia si han aprendido algo de retórica; pero no porque el labrador use un estilo elegante en las cosas rústicas, ó el médico al tratar de las enfermedades, ó el pintor de pintura, hemos de creer que la elocuencia entra en sus respectivos conocimientos, porque es tal la fuerza del ingenio humano, que muchos, sin especial cultura, consiguen adivinar algo de todas las artes y ciencias. Pero aunque se pueda juzgar del objeto de cada una por lo que enseña, no es ménos cierto que todas las artes pueden sin la elocuencia alcanzar su fin; pero que sin ella no puede conseguirse el nombre de orador. Los

demás, si son disertos, lo deben en parte á este conocimiento; pero el orador, si no está preparado con armas domésticas, no puede tomarlas prestadas de otro arte.»

Entonces dijo Cátulo: «¡Oh Antonio, perdóname si te interrumpo, aunque no debiera cortar el hilo de tu discurso! No puedo ménos de exclamar como aquel personaje del Trinunno: «¡Con cuánto ingenio y elocuencia has expresado el poder de la palabra! Solo al hombre elocuente corresponde hablar de la elocuencia.» Pero sigue: estoy contigo en que solo á vosotros pertenece el arte de bien decir, y que si algun otro lo posee, es como prestado, no como propio.»

Dijo entonces Craso: «La noche, Antonio, te ha hecho más culto y humano; pues en tu discurso de ayer nos habias descrito un remero ú operario, falto de toda instruccion y cultura, y (como dijo Cecilio) hombre de un solo negocio.

—Ayer, contestó Antonio, me habia propuesto refutarte para apartar de ti estos discípulos; pero ahora que me oyen Cátulo y César, paréceme que debo no tanto disputar contigo, como decir lo que realmente pienso. Y ya que el orador ha de presentarse en el foro y á los ojos de los ciudadanos, hemos de ver qué cargo y obligacion le confiamos. Craso, ayer, cuando vosotros no estabais presentes, hizo en breves palabras la misma division del arte que suelen hacer los Griegos, y no dijo lo que él sentia, sino lo que habian enseñado otros. Afirmó que habia dos géneros de cuestiones: unas definidas, y otras indefinidas. Parece que entendia por indefinidas las que proceden en términos generales, vg.: ¿es apetecible la elocuencia? ¿lo son los honores? Y llamaba definida á la que trae designacion de personas y hechos, como son todas las causas que se tratan en el foro y entre ciudadanos. En mi opinion, éstas pueden dividirse en litigios y deliberaciones. En cuanto al tercer género que admitió Craso, y segun tengo entendido admite

el mismo Aristóteles, que tanto ilustró esta materia, aunque es conveniente, me parece ménos necesario.

—¿Cuál? dijo Cátulo. ¿El género demostrativo?

—El mismo, respondió Antonio; y eso que yo, y todos los que estaban presentes, se deleitaron mucho con el panegirico que hiciste de tu madre Opilia, la primera mujer, segun creo, á quien se ha concedido este honor en nuestra ciudad. Pero no creo que todos los discursos puedan reducirse al arte y á los preceptos; porque de las mismas fuentes de donde se toman las reglas generales, pueden tomarse las particulares del género demostrativo. Y aunque nadie las enseñara, ¿quién ignora lo que en un hombre puede alabarse? Tomemos por ejemplo el exordio de Craso en aquella oracion que pronunció contra su colega: «En los bienes que son de naturaleza ó de fortuna, consentiré con ánimo resignado que él me aventaje, pero no en los que el hombre puede adquirir por sí mismo.» Así, el que intente elogiar á alguno, no deberá omitir sus cualidades de fortuna; éstas son, el linaje, la riqueza, los parientes y amigos, el poder, la salud, la hermosura, la fuerza, el ingenio y las demas cualidades, ya de cuerpo, ya extrinsecas. Si tiene estas dotes, ponderará el buen uso que de ellas ha hecho; si no las tiene, la paciencia con que ha sobrellevado su falta; si las ha perdido, la moderacion con que ha sabido carecer de ellas. Despues elogiará los actos de sabiduría, liberalidad, fortaleza, justicia, magnificencia, piedad, gratitud, humanidad; en suma, cualquiera de sus virtudes. En todo esto, claro que ha de fijarse el que quiera alabar á una persona, como en los vicios contrarios el que se proponga vituperarla.

—¿Por qué dudas, dijo Cátulo, en admitir ese tercer género, puesto que está en la naturaleza de las cosas? Y no porque sea el más fácil hemos de excluirle del número de los otros.

—Es, dijo Antonio, porque no quiero tratar de todo

lo que alguna vez cae en la jurisdicción del orador, aunque sea de poca monta, con tanto esmero como si nada pudiera decirse sin preceptos especiales. También hay que dar muchas veces testimonio, y á veces muy por extenso, como me aconteció en la causa de Sexto Ticio, ciudadano codicioso y turbulento. En aquel testimonio tuve que explicar todos los actos de su consulado, la resistencia que habia hecho á los tribunos de la plebe y sus actos de sedición contra la república. Mucho me detuve en esto, mucho tuve que oír, mucho que responder. Ahora bien: cuando des preceptos de elocuencia, ¿te parecerá necesario incluir entre ellos el modo de dar testimonios en juicio?

—No por cierto, dijo Cátulo; no me parece necesario.

—¿Y qué? si como suele acontecer á los varones esclarecidos, te mandan con embajadas de un general al Senado, ó del Senado á un general ó á un rey ó á un pueblo, en cuyo caso tendríamos que usar una oratoria más escogida, ¿nos parecerá esto bastante para admitir un nuevo género de causas ó preceptos especiales?

—De ninguna suerte, dijo Cátulo, porque al hombre elocuente no le faltará en estos casos la facilidad de hablar bien, adquirida en el manejo de otras causas y negocios.

—Pues por la misma razón, dijo Antonio; aun los mismos asuntos que requieren siempre cierta elegancia del lenguaje, y que yo mismo, al hacer ántes el elogio de la elocuencia, dije que eran propios del orador, no ocupan lugar alguno en la división de las partes, y se sujetan á preceptos determinados, y sin embargo deben tratarse con no menor ornato que los litigios, reprensiones, exhortaciones y consuelos; todo lo cual exige grande ornato de palabra, pero no reglas artificiales y oficiosas.

—Estoy conforme, dijo Cátulo.

—Ahora bien, dijo Antonio. ¿Crees que se necesita ser un grande orador para escribir historia?

—Para escribirla como los Griegos la escriben, respondió Cátulo, me parece necesario; para escribirla como los nuestros, basta que el historiador no sea mentiroso.

—No te burles de los nuestros, dijo Antonio; también los Griegos escribieron al principio como nuestro Catón, como Pictor, como Pison. La historia no era más que la composición de los anales, en que para perpétua memoria consignaba el Pontífice máximo los acontecimientos de cada año, y los escribía en una tabla blanca, que suspendía á la puerta de su casa para que el pueblo pudiera leerla; costumbre que duró desde el principio de la república romana hasta el pontificado de Publio Mucio. Estos anales se llaman Máximos; siguieron muchos este modo de escribir, consignando sin la menor elegancia los tiempos, los sucesos y los lugares. Lo que entre los Griegos fueron Ferécides, Helánico, Acusilao y otros muchos, fueron entre los nuestros Catón, Pictor y Pison, que ni tienen elegancia en la frase (lo cual nos vino más tarde de Grecia), ni buscan otra alabanza que la de la brevedad, y la de que se entienda bien lo que dicen. Algo más se elevó y dió mayor dignidad á la historia aquel excelente varón Antipatro, amigo de Craso; los demás no fueron exornadores de los hechos, sino solamente narradores.

—Cierto es lo que dices, respondió Cátulo; pero el mismo Antipatro no adornó la historia con variedad de colores, ni atendió á la colocación de las palabras, ni á la suavidad y elegancia del estilo, sino que trabajó como podía hacerlo un hombre, que no era muy docto ni muy literato: venció sin embargo, como has dicho muy bien, á los anteriores.

—No es de admirar, prosiguió Antonio, que todavía no se hayan escrito grandes historias en nuestra lengua, porque entre los nuestros nadie se dedica á la elocuencia, sino en cuanto ha de brillar en las causas y en el foro, al paso que entre los Griegos, los hombres más elocuentes, como

vivieron apartados de las causas forenses, se dedicaron á otro género, y sobre todo, á la historia: así de Herodoto, el príncipe de ésta, no sabemos que se ejercitase nunca en las causas, y eso que su elocuencia es tan grande, que aun á mí, que entiendo poco el griego, me deleita mucho. Vino en pos de él Tucídides, que, á mi parecer, venció á todos los demas en el artificio oratorio: tan grande es en él la abundancia de ideas, que iguala casi el número de las sentencias con el de las palabras, y es tan enérgico y cerrado en la frase, que apénas se puede determinar si las palabras ilustran en él á las cosas ó las cosas á las palabras. Y aunque anduvo mezclado en los negocios de la república, tampoco sabemos que defendiera ninguna causa, y sus libros los escribió cuando estaba ya apartado de los negocios y desterrado; suerte comun á todos los grandes hombres de Atenas. Siguió á este el siracusano Filisto, que siendo muy amigo de Dionisio el Tirano, gastó sus ocios en escribir historia, y á mi parecer se propuso á Tucídides por modelo. Despues salieron de la famosa escuela del retórico Isócrates dos grandes ingenios, Teopompo y Eforo; pero los dos se consagraron á la historia; ninguno de ellos á las causas forenses.

»De la filosofia salieron tambien, primero Jenofonte, discípulo de Sócrates; despues Calístenes, discípulo de Aristóteles y compañero de Alejandro. Escribia éste en estilo casi retórico; el otro, con más sencillez y sin llegar al ímpetu oratorio; pero si es ménos vehemente, es, á mi parecer, más dulce que el otro. Más reciente que éstos fué Timeo, hombre eruditísimo (en cuanto yo puedo juzgar), muy abundante en ideas y sentencias, y no inculto ni rudo en la composicion de las palabras: tuvo ciertamente grande elocuencia, pero no práctica forense.»

Habiendo acabado de hablar Antonio, dijo César: «¿Qué te parece, Cátulo? ¿Dónde están los que niegan que Antonio sepa griego? Cuantos historiadores nombró, ¿con

cuánta sabiduría y propiedad discurrió sobre todos ellos!

—En verdad, dijo Cátulo, que estoy admirado; pero mucho más me admiraba ántes de que siendo Antonio, como decian, poco instruido, fuera tanta su elocuencia.

—Por cierto, dijo Antonio, que suelo leer estos y algunos otros libros, no tanto por utilidad como por recreo en mis ratos de ocio. ¿He sacado algun fruto de ellos? Quizá alguno, pues así como andando al sol se me enciende la cara, aunque no sea este mi deseo, así cuando leo estos libros en Miseno, porque en Roma apénas tengo tiempo, siento que á su contacto se va encendiendo y coloreando mi discurso. Pero para que no os parezca mi inteligencia de los Griegos mayor de lo que en sí es, os diré que sólo conozco lo que escribieron para el vulgo; y en cuanto á vuestros filósofos, si alguna vez los he abierto, engañado por los títulos de sus libros, que ofrecen generalmente tratar de cosas conocidas y claras, vg., de la virtud, de la justicia, de la honestidad, del deleite, no entendí ni una palabra: tan concisas y enredadas son sus disputas. En cuanto á los poetas, nunca los toco, como si hablaran en otra lengua. Sólo me entretienen los historiadores, los oradores y los que han escrito para el vulgo de las gentes que no son muy eruditas. Pero vuelvo á mi asunto.

»Ya habeis visto cuán propio es del orador el escribir historia, y no sé si es la empresa más alta, atendida su variedad y la riqueza que ha de darse al estilo; y sin embargo, no encuentro sobre ella preceptos especiales en las obras de los retóricos: será porque son claros y evidentes. ¿Pues quién ignora que la primera ley de la historia es que el escritor no diga nada falso, que no oculte nada verdadero, que no haya sospecha de pasion y de aborrecimiento? Estos son los fundamentos conocidos de todos; pero el edificio estriba en las cosas y en las palabras. La narracion pide órden en los tiempos, descripcion de las regiones; y como en los grandes sucesos lo primero que se

ha de considerar es el propósito, lo segundo el hecho, y lo postrero el resultado, necesario es que indique el historiador, no sólo lo que se hizo y dijo, sino el fin y el modo como se hizo, y las causas todas, dando á la fortuna, á la prudencia ó á la temeridad la parte que respectivamente tuvieron; y no ha de limitarse á estas acciones, sino retratar la vida y costumbres de todos los que en fama y buen nombre sobresalieron. El estilo debe ser abundante y sostenido, flúido y apacible, sin la aspereza judicial ni el aguijón de las contiendas forenses. De todas estas cosas tan importantes, ¿hallareis ningun precepto en las artes de los retóricos?

»En el mismo silencio han dejado otros muchos oficios propios del orador: las exhortaciones, las consolaciones, los preceptos y advertencias; todo lo cual ha de tratarse con mucha elegancia, aunque no tiene lugar señalado en las artes que sobre esto se han escrito. Hay, sin embargo, en este género una materia casi infinita, porque la mayor parte de los oradores (como ántes decia Craso) distinguen dos géneros de elocuencia: versa el uno sobre causas fijas y determinadas, como son los litigios y deliberaciones, y áun puede añadirse el género demostrativo; el otro, que casi todos los escritores nombran y ninguno explica, comprende las cuestiones indefinidas sin designacion de persona ni de tiempo. Cuando dicen esto, no expresan, á mi parecer, con bastante claridad lo que pretenden; pues si al orador pertenece hablar de cualquier asunto indefinido, tendrá que decir de la magnitud del sol, y de la forma de la tierra, y de matemáticas, y de música, sin que pueda excusarlo en manera alguna. En una palabra: el orador que crea que entran en su jurisdiccion, no sólo las causas del lugar y tiempo definido, como son todas las forenses, sino las infinitas cuestiones generales, tendrá que confesar que no hay asunto que esté fuera de su dominio.

»Pero si queremos tambien conceder al orador ese gé-

nero de cuestiones vagas, libres y extensas, vg., de lo bueno y de lo malo, de lo apetecible y de lo que debe huirse, de lo honesto y de lo torpe, de lo útil y de lo inútil, de la virtud, de la justicia, de la continencia, de la prudencia, de la magnanimidad, de la liberalidad, de la piedad, de la amistad, de la buena fe, de las obligaciones, de las virtudes y de sus vicios contrarios, y si creemos que el orador ha de hablar asimismo de la república, del imperio, de la milicia, de la disciplina de la ciudad, de las costumbres; concedámoslo también, pero dentro de justos límites. En verdad que todo lo que pertenece al trato social, á la vida de los ciudadanos, á sus costumbres, al gobierno de la república, al estado social, al sentido comun, á las inclinaciones naturales, es materia propia del orador, y todo debe conocerlo, si no tanto que pueda contestar separadamente á cada una de estas cosas como hacen los filósofos, tanto á lo ménos como es necesario para intercalar esas materias con discrecion en una causa. Y debe hablar de estas cosas como hablaron los que constituyeron las leyes, el derecho y las ciudades: sencilla y espléndidamente, sin aparato de controversia, ni seca disputa de palabras. Y para que nadie se admire de que no dé yo precepto alguno sobre tantas y tan importantes materias, diré que así en esta como en las demas artes, aprendido lo más difícil, no hay para qué insistir en lo más fácil ó en lo muy semejante. Así, en la pintura, el que sabe hacer la figura de un hombre, puede, sin nuevas reglas, darle la edad ó las facciones que le parezcan mejor, y no hay peligro que sabiendo pintar un leon ó un toro, no pueda hacer lo mismo con cualquier otro cuadrúpedo. Pues no hay arte alguna en que el maestro tenga que enseñar todo lo que dentro del arte puede hacerse, sino que adquiridas las primeras nociones, fácil es deducir lo restante. Lo mismo pienso que sucede en este ejercicio ó facultad oratoria: el que haya adquirido la fuerza que puede mover á su arbitrio los ánimos de los que

oyen y han de decidir de los intereses de la república ó de los suyos propios ó de sus amigos y enemigos; el que tenga esta fuerza, digo, no necesitará especiales preceptos sobre cada género de discursos, á la manera que Policleteo cuando labraba la estatua de Hércules, acertaba á esculpir la piel y la hidra, aunque nunca lo habia hecho separadamente.»

Entónces, dijo Cátulo: «Paréceme, Antonio, que nos has expuesto muy bien lo que debe saber el que se dedique á la oratoria, y aunque no lo haya aprendido, de dónde puede con facilidad tomarlo; pero sólo has hablado de dos géneros de causas; las demas, que son innumerables, las dejas á la experiencia y al ejercicio. Pero mira no sea que esos dos géneros sean para tí la hidra y la piel, y que el Hércules y todas las demas obras mayores se queden entre las cosas que omites. No me parece tan fácil hablar de las cuestiones universales como de las particulares, y es mucho más difícil tratar de la naturaleza de los Dioses que de los litigios humanos.

—No es así, replicó Antonio; y lo que voy á decir, Cátulo, no nace de mi ciencia, sino de mi larga experiencia. Créeme, todos los demas géneros de discursos son como juegos para un hombre que no sea rudo é inexperto, ni carezca de las letras y educacion que suelen tenerse, al paso que en las luchas forenses la dificultad es grande, y quizá la mayor que cabe en obra humana, pues muchas veces los ignorantes juzgan del mérito del orador por el éxito y la victoria, y además se presenta un adversario armado, á quien hay que herir y rechazar. Allí, el que ha de decidir la cuestion es muchas veces enemigo tuyo y amigo de tu adversario, ó está enojado contigo ó no te conoce; unas veces tendrás que instruirle, otras que desengañarle, ó reprimirle, ó incitarle ó moderarle con discursos acomodados á cada tiempo y causa, trayéndole muchas veces de la benevolencia al odio, ó del odio á la benevolencia, y ex-

citando los distintos afectos de severidad, indulgencia, tristeza y alegría. A todo esto ha de añadirse la gravedad de las sentencias, el peso de las palabras y la acción variada, vehemente, llena de alma, llena de espíritu, llena de verdad. El que consiga todo esto, y pueda, como Fidias, labrar la estatua de Minerva, no necesitará hacer nuevo estudio para cincelar el escudo de la Diosa.»

Entonces dijo Cátulo: «Cuanto más lo ponderas y encares, tanto más entro en curiosidad de saber por qué medios y preceptos se adquiere esa fuerza prodigiosa; y no porque me interese mucho el saberlo, pues ya mi edad no es para aprender, y además, porque yo he seguido siempre otro género de oratoria que no arranca por la fuerza las sentencias de manos de los jueces, sino que más bien procura calmar sus ánimos y recibe con agradecimiento cuanto ellos se dignan conceder. Sin embargo, deseo oír esas explicaciones tuyas por satisfacer la curiosidad, más que por sacar provecho de ellas. Ni eres tú un retórico griego que repite los vulgares preceptos sin haber visto nunca el foro ni los juicios, á la manera que el peripatético Formion, cuando Anibal expulsado de Cartago se refugió en Efeso en casa de Antioco y fué invitado por su huésped á que oyera á aquel filósofo que tenía gran fama entre ellos, dicen que habló con mucha elegancia, por espacio de algunas horas, de los oficios del general y de todo el arte de la guerra. Los oyentes estaban muy satisfechos, y preguntaron á Anibal qué le parecía de aquel filósofo. Y dicen que el cartagines respondió, no como elegante Griego, sino con toda libertad y franqueza, que había visto muchos viejos delirantes, pero á ninguno que delirase tanto como Formion. Y tenía razón á fe mía. ¿Pues qué mayor arrogancia y locuacidad que atreverse un sofista griego que nunca había visto enemigos ni campamentos, ni había desempeñado ningún cargo militar, á dar preceptos á Anibal que por tantos años había disputado la victoria ai

pueblo romano, dominador de todas las naciones? Así me parece que obran todos los que dan preceptos sobre el arte oratoria: quieren enseñar á los demas lo que ellos nunca aprendieron. Pero en esto quizá yerran ménos que Formion, porque no quieren enseñarte á tí (como él queria enseñar á Aníbal), sino á niños y á jovenzuelos.

— Te equivocas, Cátulo, dijo Antonio, pues yo mismo he tropezado ya con muchos Formiones. ¿Quién de esos Griegos deja de pensar que puede enseñárselo todo á cualquiera de nosotros? Y, sin embargo, no me son molestos. Fácilmente los sufro y tolero. A veces lo que dicen no me desagrada, y me libra del sentimiento de no haberlo aprendido. Los despido, pues, no con ofensas, como hizo Aníbal con aquel filósofo, sino más bien burlándome de su ridícula doctrina. Dividen todo el arte en dos géneros, controversia de causa y de cuestion. Llamam causa á toda controversia que se funda en hechos ciertos y determinados; cuestion, á la que es de materia indefinida. Dan preceptos sobre la causa, pero guardan harlo silencio respecto de la cuestion. Cinco partes admiten en la elocuencia: invencion, disposicion, exornacion, memoria, y, finalmente, accion y pronunciacion. Esto, á la verdad, no es cosa muy recóndita; ¿pues quién no ve por sí mismo que nadie puede hablar bien si no sabe lo que va á decir, y las palabras y el órden con que ha de decirlas, y si no lo retiene en la memoria? No digo que estas divisiones sean inútiles, pero sí que son evidentes, y que poco importa que sean cuatro, cinco, seis ó siete las partes del discurso, ya que ni aún en esto se hallan de acuerdo los autores. Quieren éstos que en el exordio se haga al auditorio benévolo, dócil y atento: que la narracion sea verosímil, clara y breve: que despues se divida la causa ó se haga la proposicion: que se confirme nuestro parecer con argumentos y razones, y se refute el del contrario. Despues colocan algunos la conclusion ó peroracion, y otros

quieren que preceda al exordio una digresion que sirva á realzar ó amplificar lo que se ha dicho. Tampoco reprendo esta division, porque es ingeniosa, aunque no es práctica, como podia temerse de hombres faltos de experiencia. Los preceptos que ellos dan para los principios y narraciones deben observarse en todo el discurso. Porque más fácil es captarse la benevolencia de los jueces en el curso de la oracion, que cuando todavía no han oido nada; y más fácil es atraerse su docilidad y atencion cuando se muestra y explana el asunto, y cuando de mil maneras se conmueve el ánimo de los jueces, que cuando sencillamente se anuncia lo que se va á demostrar. Tienen razon en advertir que la narracion debe ser verosímil, clara y breve; pero muchos se equivocan en creer que estas cualidades son más propias de la narracion que del resto del discurso, y su error procede de juzgar que este arte no es desemejante de los otros, y que se parece, por ejemplo, al del derecho civil de que Craso nos hablaba el otro dia, en el cual deberian exponerse primero los géneros, siendo vicioso el omitir ninguno; despues las partes de cada género, sin que haya más ni ménos que las necesarias, y finalmente, las definiciones de cada vocablo, en que nada falte ni sobre. Pero si en el derecho civil, si en cosas pequeñas ó medianas pueden alcanzar esto los más doctos, no creo que acontezca lo mismo con el arte oratoria, que es de suyo tan inmensa. Y los que otra cosa piensen, acudan á los preceptistas y lo hallarán todo explicado y desenvuelto, pues son innumerables los libros de este arte, y no están oscuros ni escondidos. Pero vean bien si lo que quieren es salir armados al juego y al simulacro ó á la pelea. Una cosa es la lucha y la batalla, y otra muy distinta el juego y la palestra. Y sin embargo, el arte de la esgrima es útil al gladiador y al soldado; pero lo que hace á los varones invictos es el valor, presencia y serenidad de ánimo, aunque á estas cualidades bueno es que se agregue el arte

«Por lo cual, si yo hubiera de educar á un orador, miraría bien, ante todo, lo que él podia hacer. Quisiera yo que tuviese alguna tintura de letras, que leyera y oyera algo, que aprendiera esos mismos preceptos, y luégo que ejercitara la voz, las fuerzas, la respiracion, la lengua. Si entendia yo que él podia llegar á la perfeccion, y me parecia además hombre de bien, no sólo le exhortaria á trabajar, sino que se lo suplicaria. Tengo para mí que un excelente orador que sea al mismo tiempo hombre de bien, es el mayor ornamento de una ciudad. Pero si veia que á pesar de todos sus esfuerzos no podria pasar de mediano, le dejaria hacer lo que quisiera, sin molestarle en nada. Y si era del todo incapaz, le aconsejaria que lo dejase ó que se dedicase á otro estudio. Porque soy de opinion, que al que tiene excelentes disposiciones se le debe ayudar siempre con nuestros consejos, y que tampoco debe desanimarse al que puede llegar á ser mediano, pues lo primero me parece propio de la Divinidad, y lo segundo, es decir, el no empeñarse en lo que no se puede hacer perfectamente, ó el continuar haciendo lo que no se hace del todo mal, es propio de la condicion humana; pero el dar voces á tontas y á locas es (como tú, Cátulo, decias de cierto declamador) reunir á voz de pregonero innumerables testigos de la propia necesidad. Yo sólo hablaré del que merece ser ayudado con consejos, y le diré lo que la experiencia me ha enseñado, para que él, llevándome por guía, llegue al término adonde he llegado sin tener nadie que me mostrase el camino. Y para empezar por un amigo nuestro, me acuerdo, Cátulo, que cuando oí por primera vez á este nuestro Sulpicio, siendo todavía muy jóven y defendiendo una causa de poca importancia, descubrí en su voz, en su accion, en el movimiento del cuerpo y en todo lo demas, disposicion grande para la elocuencia: su discurso era acelerado y ardiente, condicion propia de su ingenio; sus palabras eran acaloradas y un poco redundantes, lo cual

no me disgustó por ser efecto de la edad. Me agrada que en el jóven se muestre esta fecundidad y exceso de vida; y así como en las vides es fácil cortar las cepas que arrojan demasiado, y no lo es cultivar nuevos sarmientos en tierra estéril, así quiero que haya en los discursos del jóven algo que se pueda cortar, porque no puede durar mucho el jugo en los talentos que llegan demasiado pronto á madurez. Conocí en seguida su índole, y sin perder tiempo le aconsejé que mirara el foro como una especie de palestra, y que eligiera un maestro, advirtiéndole que, á mi parecer, el mejor sería Lucio Craso; él prometió hacerlo, y áun añadió, sin duda en muestra de gratitud, que yo sería otro de sus maestros. No habia pasado un año de esta conversacion, cuando él acusó á Cayo Norbano, defendiéndole yo, y es increíble cuánta diferencia me pareció notar entre lo que era entónces y lo que habia sido el año anterior. Ciertamente que su naturaleza le llevaba á aquel estilo magnífico y espléndido de Craso, pero nunca hubiera llegado á él si con todo ahinco y estudio no se hubiera propuesto imitar á Craso, fijando en la mente sus discursos. Mi primera regla será, pues, el modelo que ha de imitarse, y en este modelo las cualidades más dignas de imitacion. Añádase á esto el ejercicio, que sirve para reproducir el modelo que se imita, no como muchos imitadores que yo conozco, que sólo trasladan lo que les parece más fácil, ó lo que es un verdadero defecto. Nada más fácil que imitar el traje, la estatura ó el ademan de alguno. Tampoco es muy difícil remedar sus defectos: así este Julio, que con haber perdido la voz todavía es una calamidad para nuestra república, no alcanza el nervio que tuvo en el decir Cayo Fimbria, pero reproduce su maledicencia y sus defectos de pronunciacion; de suerte que ni supo elegir el mejor modelo, ni imitar en él más que los defectos. El que quiera evitar estos escollos, necesario es que elija un buen modelo, y, despues, que estudie bien

aquello que constituye su principal excelencia. ¿En qué pensais que consiste el que cada época haya tenido un género de elocuencia propio? Y esto no se ve tanto en nuestros oradores, porque dejaron pocos escritos que nos den luz, como en los Griegos, por cuyas obras podemos conocer el gusto é inclinaciones de cada tiempo. Los más antiguos de quienes se conservan oraciones son Pericles, Alcibiades y Tucídides, escritores sutiles, agudos y breves, más abundantes en sentencias que en palabras. Su estilo no hubiera podido ser tan igual si no se hubieran propuesto un mismo ejemplar y dechado. A estos siguieron Critias, Teramenes, Lisias. De Lisias hay muchos escritos; algunos de Critias; de Teramenes nunca ví ninguno. Todos éstos conservaban el nervio de Pericles, pero el hilo de su oracion era más abundante.

»Todos ellos habian tenido por maestro á Isócrates, de cuya escuela, como del caballo de Troya, no salieron más que príncipes. Unos sobresalieron en la pompa; otros en la batalla. Entre los primeros, se cuentan Teopompo, Eforo, Filisto, Pancrates y muchos otros de diverso ingenio, pero semejantes entre sí, y con su maestro, en el gusto. Y los que se dedicaron á las causas forenses como Demóstenes, Pericles, Licurgo, Esquines, Dinarco y otros muchos, aunque no fueron iguales entre sí, se parecieron todos en el arte de imitar la naturaleza; y miéntras esta imitacion duró, se mantuvo la sencillez y el buen gusto; pero despues que ellos murieron y su memoria se fué oscureciendo y apagando, empezó á florecer otro estilo más muelle y remiso.

Entónces florecieron Democares (á quien dicen hijo de una hermana de Demóstenes) y Demetrio Falereo, que á mi parecer fué más culto que todos ellos y tuvo muchos imitadores; y si quisiéramos prolongar esta reseña hasta nuestro tiempo, hallaríamos á Meneles Alabandense y á su hermano Hiérocles, á quien, segun he oido, imita ahora

toda el Asia, por que siempre hay alguno á quien los demas quieren parecerse.

»El que quiera con la imitacion alcanzar tal excelencia, debe ejercitarse continuamente en hablar y en escribir, y á buen seguro que si nuestro Sulpicio lo hiciera, sería mucho más sobrio su estilo, en el cual (como de las hierbas dicen los rústicos) suele notarse, en medio de una gran riqueza, cierto lujo excesivo que convendria enmendar.»

Entónces dijo Sulpicio: «Razon tienes en advertirmelo, y mucho te lo agradezco, aunque tamíoco creo, Antonio, que tú hayas escrito mucho.»

Replicó Antonio: «¿Como si no pudiera yo aconsejar á otros lo que yo mismo no hago! Dicen que escribo tan poco, que dicen que ni áun llevo mis cuentas; pero te probará lo contrario el estado de mi hacienda y el estilo de mis discursos, por poco que valgan. Veo que hay muchos que á nadie imitan, y por su propio ingenio hablan como quieren, sin parecerse á nadie, lo cual puede advertirse en vosotros, César y Cota, de los cuales, el uno tiene una sal y gracia desconocida de nuestros oradores, y el otro un género de decir agudo y sutil. Ni Curio, que es casi de nuestro mismo tiempo, parece que se propuso imitar á nadie (aunque su padre fué, á mi parecer, el más elocuente de su tiempo, si no en lo grave de las palabras, en la elegancia y riqueza) puede decirse que se forjó un estilo y manera propios, lo cual pude juzgar en la causa que defendió contra mí ante los Centunvirov en defensa de los hermanos Cosos, en la cual nada se echó de ménos de cuanto puede exigirse á un facundo y sabio orador.

»Pero traigamos ya al hecho de la causa al orador á quien instruimos, y fijémonos sobre todo en los juicios y pleitos que tienen más dificultad. Quizá se burle alguno del precepto que voy á dar, pues no es tan agudo como necesario, y parece más propio de un prudente consejero que de un erudito maestro. Lo primero que le recomiendo

es que estudie bien la causa que va á defender. Estos preceptos no se dan bien en las escuelas, porque las causas que se proponen á los muchachos son fáciles, vg. esta: La ley prohíbe al extranjero subir al muro; un extranjero sube, rechaza á los enemigos y es acusado. Poco trabajo cuesta el entender esta causa; por eso los maestros de retórica, no dan ningun precepto sobre este particular, como que en las escuelas la causa es una mera fórmula.

«Pero en el foro hay que conocer los documentos, los testimonios, los pactos, convenios, estipulaciones, parentescos afinidades, decretos, respuestas; finalmente, toda la vida y costumbres de los que litigan, y la ignorancia de estas cosas hace que se pierdan muchas causas, sobre todo de las privadas, que son casi siempre las más oscuras. Algunos hay que por querer dar mucha importancia á su trabajo, y extender su nombre por el foro, y volar, digámoslo así, de causa en causa, se ponen á defender algunas que les son enteramente desconocidas. En lo cual merecen grave censura ó de negligencia ó de perfidia, porque cualquiera tiene que hablar muy mal de lo que no sabe. Y así, queriendo librarse de la tacha de inercia, incurren en otra mucho más grave, y por ellos más temida, que es la de torpeza. Yo suelo hacer que cada uno me informe de su negocio, y esto sin que ninguno esté presente, para que pueda él hablar con más libertad. Defiendo yo la causa del adversario; defiende el cliente la suya, y encuentra ocasion de desarrollar todos sus argumentos. Cuando él se ha retirado, procuro representar yo, sin pasion alguna de ánimo, tres papeles; el mio, el del adversario y el del juez. Elijo para el discurso los argumentos que tienen más ventajas que inconvenientes, y rechazo del todo los que no están en ese caso. Así consigo pensar lo que he de decir, ántes de decirlo, al contrario de lo que hacen muchos fiados en su ingenio. Y ciertamente que algo mejor habla-

rian si se tomasen algun tiempo para meditar las causas ántes de defenderlas.

»Cuando he conocido ya el asunto y la causa, me fijo en el punto de la dificultad. No hay caso de duda, ya se trate de una acusacion criminal, ya de una controversia de herencia, ya de una deliberacion de guerra, ya de la alabanza de una persona, ya de una disputa sobre el método de vida, en que no se pregunte qué es lo que se ha hecho, ó lo que se va á hacer, ó cuál es el asunto, ó cómo se ha de calificar.

»En nuestras causas, como son casi siempre criminales, basta generalmente negar. Así sucede en las causas de *peculado*, que son tan frecuentes. En las de concusion no es fácil distinguir siempre la liberalidad y generosidad de la ostentacion y del soborno; pero en las causas de asesinato, de envenenamiento, de *peculado*, es necesario negario todo. Este es el primer género de causas, fundado en controversias de hecho. En las deliberaciones no se suele tratar del hecho presente ó pasado, sino del futuro. Muchas veces no se pregunta si la cosa es ó no es, sino cómo es; así, cuando el cónsul Cayo Carbon defendia ante el pueblo la causa de Lucio Opimio, no negaba la muerte de Cayo Graco, sino que sostenia haber sido hecha con justicia y por la salvacion de la patria. A este mismo Carbon, siendo tribuno de la plebe y gobernando con muy distintas ideas la república, le habia contestado Publio Escipion Africano que la muerte de Tiberio Graco habia sido justa y legitima. Todas estas causas se pueden defender con argumentos de conveniencia, ó de necesidad, ó de imprudencia ó de acaso. Se disputa á veces sobre el nombre, como nos sucedió á Sulpicio y á mí en la causa de Norbano: yo concedia casi todo lo que éste me objetaba; pero no que el reo hubiese incurrido en el crimen de lesa majestad, del cual, segun la ley Apuleya, dependia toda aquella causa. En este género de cuestiones previenen algunos que se

definan clara y brevemente las palabras en que la causa consiste; pero esto me parece muy pueril, porque de muy diverso modo se define cuando se disputa entre hombres doctos de las cosas que son materia de ciencia, vg., qué es el arte, qué es la ley, qué es la ciudad. En estos casos mandan de consuno la razon y los preceptos que se exprese de tal manera la naturaleza de la cosa que se define; que ni falte ni sobre nada. Lo cual ni Sulpicio hizo en aquella causa, ni yo procuré hacer. Pero en cuanto pudimos, explicamos con gran copia de palabras lo que era crimen de lesa majestad. Porque una definicion, en cuanto se reprende, añade ó quita una palabra, es un argumento perdido y que se nos arranca de las manos: además, por su forma huele á enseñanza y ejercicio pueril, y no puede penetrar en el ánimo y en la mente del juez, pues pasa y desaparece ántes que él haya podido hacerse cargo de ella.

»Pero cuando se duda sobre la naturaleza del hecho, suele nacer toda controversia de la interpretacion de un escrito en que hay alguna cosa ambigua. Aun cuando el escrito discrepa de la sentencia, hay cierto género de ambigüedad, la cual se disipa supliendo las palabras que faltan, añadidas las cuales, se explica y deja claro el sentido de lo escrito. Cuando hay dos escritos contrarios, no nace un nuevo género de controversia, sino que se duplica la causa del género anterior, porque, ó no se podrá resolver la dificultad, ó se resolverá sólo supliendo algunas palabras en el escrito que defendemos. Así es que todas estas causas pueden reducirse á un sólo género de controversia: ambigüedad en los términos.

»Muchos géneros hay de ambigüedad y los conocen muy bien los dialécticos; pero no los oradores, aunque debian no ménos saberlos, porque es frecuentísima en todo escrito ó discurso la ambigüedad que nace de haberse omitido una ó várias palabras. Y es grave error de los nuestros haber separado este linaje de causas que estri-

ban en la interpretacion de un escrito, de aquellas otras en que se discute la naturaleza de una cosa, pues esto se hace casi siempre por escrito y nada tiene que ver con la controversia de hecho. Tres son, pues, los géneros de causas en que puede haber duda: qué se hace, se ha hecho ó ha de hacerse; cómo se califica y cómo ha de llamarse. Y aunque los Griegos añaden un cuarto género, «si se obró con rectitud,» esto entra en la calificacion misma del hecho.

»Pero vuelvo á mi asunto. Cuando conocido el género de la causa empiezo á tratarla, determino ante todo el fin á donde se ha de encaminar todo el discurso para que sea propio de la cuestion y del juicio: despues me fijo en los medios de hacerme agradable á los oyentes y de conmover sus ánimos para determinarlos á lo que deseo. Todo el arte de la persuasion consiste en probar que es cierto lo que defendemos, en atraernos la benevolencia de los oyentes, y en mover sus afectos del modo más favorable á nuestra causa.

Tiene el orador dos géneros de pruebas: uno que él no inventa, sino que, dadas por el mismo asunto, despues con el raciocinio las desarrolla, vg., escritos, testimonios, pactos, cuestiones, leyes, decretos del Senado, sentencias en juicios, decretos, respuestas de los jurisconsultos, y todo lo demas que la causa y los reos facilitan. El segundo género de pruebas estriba todo en argumentacion y razonamiento. Por eso, en el primer caso importa sólo el modo de tratar los argumentos; en el segundo hay que inventarlos. Los mismos que dividen las causas en muchos géneros, señalan á cada uno de ellos gran copia de argumentos, lo cual, aunque sea útil para educar á los principiantes, porque, una vez presentada la causa, tengan á donde acudir en demanda de argumentos, sin embargo es muestra de ingenio tardo el buscar los arroyos y no ver las fuentes de las cosas, y ya en nuestra edad y en nuestra experiencia

debemos tomarlo todo desde su origen y fuente. Y en primer lugar, debemos tener bien meditadas, para hacer uso de ellas en toda ocasion oportuna, las pruebas del primer género, vg.: por los escritos y contra los escritos, por los testigos y contra los testigos, por las cuestiones y contra las cuestiones, ya separada y universalmente, ya determinando personas, tiempos y causas. A vosotros, Cota y Sulpicio, os recomiendo mucho estudio y meditacion sobre estos argumentos, para que siempre se os ofrezcan fáciles y explicitos. Largo sería explicar la manera de confirmar ó de refutar los testigos, los documentos, las cuestiones: todo esto exige poco ingenio, pero mucho ejercicio; y sólo es necesario el arte y los preceptos para exornar los argumentos con elegancia de estilo. La invencion de las pruebas del segundo género, obra en todo del orador, no es difícil, pero requiere una explicacion lúcida y ordenada. Por eso, en toda causa debemos atender primero á lo que se va á decir; segundo, al modo de decirlo. Lo primero, aunque requiere arte, no excede los límites de una mediana prudencia; en lo segundo, es decir, en el estilo adornado copioso y vário, es donde más lucen la naturaleza y facultades del orador.

»De la primera parte no rehusaré hablar, ya que teneis tanto empeño; pero no sé con qué acierto lo ejecutaré: vosotros sereis jueces.

»Os diré de qué fuentes puede tomar el orador sus argumentos para conciliar los ánimos, enseñarlos y moverlos. En cuanto al modo de ilustrarlos, presente está quien puede enseñar á todos, quien introdujo primero este arte en nuestras costumbres, quien más le perfeccionó, quien le ha ejercitado casi solo.

»Pues yo, Cátulo (y lo diré sin temor de pasar por lisonjero), pienso que no ha habido en nuestra edad ningun orador algo ilustre, así griego como latino, á quien yo más de una vez, y con diligencia, no haya oído. Y si algun ta-

lento hay en mí (lo cual casi me atrevo á creer, viendo que vosotros, hombres de tanto ingenio, prestais tal atencion á mis palabras), consiste en que nunca oí decir á un orador nada que inmediatamente no se fijase en mi memoria. Pero si algo vale mi juicio, sin vacilar afirmo que de cuantos oradores he oido, ninguno ha aventajado á Craso en ornato y gala de elocucion. Si á vosotros os parece lo mismo, creo que no llevareis á mal esta division del trabajo; es decir, que yo, despues de engendrar, criar y robustecer al orador, se le entregue á Craso para que le vista y adorne.»

Entónces dijo Craso: «Sigue educándole, Antonio, ya que empezaste; pues no es digno de un padre bueno y generoso dejar de vestir y adornar al hijo á quien procreó y educó, especialmente cuando no puedes negar que eres rico. Pues ¿qué ornamento, qué fuerza, vigor ó dignidad pudo faltar al orador que, en la peroracion de una causa, no dudó en hacer levantar de su asiento á un reo consular, y rasgando su túnica, mostrar á los jueces las cicatrices de las heridas que habia recibido aquel anciano general? ¿O cuando defendia á un hombre turbulento y sedicioso acusado por nuestro Sulpicio, y no se detuvo en elogiarse la sedicion misma, demostrando con gravísimas palabras que muchos ímpetus del pueblo no son injustos, y que nadie puede atajarlos, y que muchas sediciones han sido útiles á la república, vg., la que expulsó á los reyes ó la que constituyó la potestad tribunicia; y que la sedicion de Norbano, como producida por la indignacion de los ciudadanos y por el odio contra Cépion que habia perdido su ejército, era justa y no habia podido reprimirse? ¿Cómo pudo tratarse un argumento tan difícil, tan inaudito, resbaladizo y nuevo, sino con una increíble vehemencia y habilidad en el decir? ¿Y qué diré de la conmiseracion que logró excitar á favor de Cneo Manlio y de Quinto Rex y de otros innumerables, en cuyas causas no sólo brilló la sin-